

TERCERA PARTE

1

Queriendo á las mujeres á mi modo,
me muero algo de amor y no del todo.

2

Murió la infiel y con su acento creo
que hoy encanta al infierno como Orfeo.

3

Nuestra conciencia tiene
la ciega certidumbre de la flecha,
pues, lanzada por Dios, no se detiene
y al blanco, que no ve, marcha derecha.

4

Pensando en lo que ha amado,
todo ser noble en sus entrañas halla
un poco de lo que hay en el soldado
mientras dura el calor de la batalla.

5

Al nacer de una madre encantadora
Marisol, tan discreta como bella,
la antigua estrella saludó á la aurora
y la aurora admiró la antigua estrella.

6

Sin excepción alguna,
si hace algo la mujer por vanagloria
y el hombre por la gloria,
todo lo hacen los dos por la fortuna.

7

¿De qué me sirve la ambición si, al cabo,
cuando llegue á ser rey, seré tu esclavo?

8

Tiene esta niña, cuya gracia encanta,
en cuerpo de mujer, alma de santa.

9

Ya sabes, ayer reina y hoy esclava,
cómo empieza el amor y cómo acaba.

10

Tu dicha conyugal, de amor sin celos,
fué en la tierra un idilio de los cielos.

11

De tu virtud el singular modelo
hace del mundo una feliz morada,
pues goza, castamente enamorada,
de ese éxtasis sin culpa que es el cielo.

12

Es muy niña y ya quiere la inocente
usar trajes con cola de serpiente.

13

Me recuerdan tu ingenio y tu alegría
la primera mujer del alma mía.

14

¿Te decides á amarle? Pues advierte
que amor es un dilema: ó tú ó la muerte.

15

¡Oh, mujer admirable!
porque fuese él feliz, fué ella culpable.

16

Dos esposos de bien que se visitan
no se hacen compañía, se la quitan.

17

Se casó la infeliz, ya está en camino
de saber lo que pesa un mal destino.

18

Nunca tembló en la guerra
y ya el amor de su mujer le aterra.

19

Esta mujer, por singular rareza,
es bella en el país de la belleza.

20

Saludo á esta divina criatura,
que es la unión de la gracia y la hermosura.

21

Estoy desmemoriado de tal modo
que, excepto á ti, ya lo he olvidado todo.

22

Añade á tus encantos tu dulzura
tal bondad que hermosea tu hermosura.

23

Fuí contigo feliz y estoy pensando
que el que gana en amor pierde ganando.

24

Mujer hecha y derecha,
siempre vive acechando al que la acecha.

25

Con la fe de un poder incontrastable,
en variar la mujer es invariable.

26

Lo que he admirado en ti con más empeño
ya, en vez de darme sueños, me da sueño.

27

No puedes extrañar que no te quiera
porque no eres la de antes,
pues más que las estrellas verdaderas
prefieres las estrellas de brillantes.

28

Feliz tú, que has borrado de tu historia
la falta que es eterna en la memoria.

29

Tú eres de esas mujeres
que aman más que al amor á los placeres.

30

Feliz el que se aleja y nunca pasa
del radio de la sombra de su casa.

31

El que habla con su propio pensamiento
desesperado está ó está contento.

32

Una vida con celos amargada
es á la vez odiosa y adorada.

33

Me parece la insignia de un rey chico
el cetro de papel de tu abanico.

34

Que deje de soñar es vano empeño,
porque yo, por soñar, sueño que sueño.

35

Por extraño que sea,
creemos todos en ti, que eres atea.

36

No apartando de mí ni un solo instante
tu memoria querida,
lograré que descansen en tu semblante
la postrera mirada de mi vida.

37

Me dijo un empleado amigo mío
que el cese del amor es el hastío.

38

Muchas veces, lectores y lectoras,
la vida vale menos que unas horas.

39

Te juré un amor tierno
que el tiempo, hermosa Rita, no ha entibiado;
hoy te vuelvo á jurar lo que he jurado,
siempre he de ser tu admirador eterno.

40

Se odian tan bien porque la sed ardiente
de los dos apagó la misma fuente.

41

Vas siguiendo á tu madre en lo preciosa,
como un capullo que camina á rosa.

42

Siempre que nos hallamos,
con la vista ella y yo nos abrazamos.

43

¿Va pronto el otro y tu marido tarda?...
Ya el ángel de la guarda no te guarda.

44

¿Ardiente ayer y hoy fría? Me hago cargo,
ya gustas del placer el dejo amargo.

45

Las amamos por bellas,
pero no por constantes;
nos gustan las mujeres como estrellas
y, en materia de estrellas, las errantes.

46

Como su gracia es tanta,
se deja ver, hace pecar y es santa.

47

Ten, por arte y respeto,
tus pasiones á raya;
muere el amor al conseguir su objeto
como mueren las olas en la playa.

48

Yo no sé lo que tiene,
mas, si ella se santigua, el diablo viene.

49

Mirándose en tus ojos pasa el día;
así vivía yo, cuando vivía.

50

Miss Delia, no digáis que hay nada cierto;
sólo nos dice la verdad un muerto.

51

Es mucha tu virtud, grande tu encanto,
mas se embota á tu lado mi deseo;
lo mismo que fray Luis, que, siendo un santo,
me suele hacer dormir cuando lo leo.

52

El esposo dormido á quien no se ama
ya es un muerto enterrado en una cama.

53

Ibas con él y, al verte,
sentí el frío primero de la muerte.

54

Después que el diablo se escapó contigo,
donde quiera que voy, va Dios conmigo.

55

Piensa, si el mundo tu persona aclama,
que hay algo infame en la mujer con fama.

56

En mengua del honor y del decoro,
la lucha por la vida es por el oro.

57

La niña más hermosa de la aldea
me amó una vez como si fuese fea.

58

Se batió y fué vencida,
mas, con cierta lección que yo la he dado,
tiene un juego de esgrima muy cerrado
con el cual sabe herir sin ser herida.

59

¿Quién podrá descubrir las emboscadas
de tus viles intentos,
si van en espiral tus pensamientos
lo mismo que culebras enroscadas?

60

Ella es feliz con su ilusión soñada,
mientras que él con lo real no halla reposo;
y es que, ó no cuesta nada,
ó cuesta un gran trabajo el ser dichoso.

61

Mucho he soñado en esta vida, pero
no hay sueño más hermoso que el primero.

62

Ya con la fe perdida
voy siguiendo del mundo el derrotero,
al ver que son iguales al primero
los últimos errores de la vida.

63

No te amé como un loco, mi ternura
se encuentra más allá de la locura.

64

Te amé diez veces más, porque sé que eres
diez veces más mujer que las mujeres.

65

El hombre que domina su destino,
sin complacencia alguna,
si la encuentra dormida en su caño,
despierta á puntapiés á la fortuna.

66

Se juraron casarse y se han casado,
mas después de cumplido el juramento,
pensando cada uno por su lado,
no tienen de común ni un pensamiento.

67

Cometí una locura verdadera
volviendo loca á una mujer que lo era.

68

Aunque estoy decidido
á olvidarte del todo, no te olvido.

69

¿Lo ves? Ya es tu marido;
y tu grande hermosura
la mira con el aire distraído
con que mira un patán una pintura.

70

Para pintar tu singular belleza
con colores risueños,
ya están mi corazón y mi cabeza
desiertos de esperanzas y de sueños.

71

Recuerdo aquel momento
en que al cambiar tus penas y las mías:
«tú escribes lo que piensas,—me decías—
yo hago más, porque callo lo que siento».

72

La joven inocente que hará un año
aun creía en mis votos,
hoy es mujer que, sin hacerse daño,
sabe marchar sobre los vidrios rotos.

73

Disculpa su desdicha el miserable
llamando al que hizo el mundo el gran culpable.

74

Liquidas y, de todo lo debido,
pagas deudas de amor con el olvido.

75

¿Cómo quieres que vaya
á que en la orilla de la mar te vea,
si borró nuestros nombres la marea
escritos en la arena de la playa?

76

De la vida en el áspero camino,
á cada nuevo amor, nuevo destino.

77

Aunque eres la peor de las mujeres,
no se dice en un mes lo buena que cres.

78

¡Cuánto pesa esta vida pasajera!
La losa de la tumba es más ligera.

79

Como está sin cercado, el mundo entero
es, más que un camposanto, un pudridero.

80

Ama el dolor, seguro
de que á fuerza de dicha y de reposo,
trocaría á Cafon en Epicuro
la costumbre fatal de ser dichoso.

81

Tan sólo teme al diablo esa doncella
y el diablo es fama que se asusta de ella.

82

Si amaste con locura
no busques lenitivo á tus dolores;
se curan los amores,
mas lo que es el amor nunca se cura.

83

¿Me preguntáis lo que es amor, señora?
Es condensar la vida en una hora.

84

Pese al poder, la sangre y la riqueza,
toda vida es idéntica á la mía,
placeres impregnados de tristeza
y penas saturadas de alegría.

85

Tú que, inocente, tan á pecho tomas
el dulce lamentar de tus galanes,
sabrás que esos malditos gavilanes
aprenden á arrullar de las palomas.

86

Es todo cementerio
el camino real del gran misterio.

87

A una niña hechicera
su abuela la decía:
«nunca olvides que el hombre es una fiera
que no suele morder por cobardía».

88

¡Qué le importa el amor al que ha llegado
á la edad de los besos sin pecado!

89

Yo sé de una coqueta
que tomó *de memoria* unos venenos
y se murió diez veces por lo menos
volviendo á revivir como Julieta.

90

No estés tan orgullosa,
pues sé de un justo que, después de aquello,
te mide con mirada desdeñosa
desde el pie hasta la punta del cabello.

91

Llamas la dicha al sueño, pero advierte
que el sueño tiene un mal: que no es la muerte.

92

Inscripción sepulcral para cualquiera:
«Fué lo que fué, sin ser lo que debiera.»

93

Brillas sin par entre las más hermosas
y te encuentro además tan avisada
que penetras, sagaz, con la mirada
el porqué, cómo y cuándo de las cosas.

94

De la amarga verdad con que el espejo
mi ancianidad refleja,
me consuela saber que hay una vieja
que afirma que fué joven este viejo.

95

En tus ciegos rencores
tolero hasta el error, considerando
que, al pasar por el mundo, los errores
van sedimentos de verdad dejando.

96

Dichosos los que dan por concluida
la lucha sin victoria de la vida.

97

Aquello que ha de ser, lo hará que sea
la evolución que, destruyendo, crea.

98

Si faltas, el recuerdo irá contigo:
la sombra de la culpa es el castigo.

99

Realiza el bueno acciones generosas
lo mismo que un rosal produce rosas.

100

Te vió y te habló y en tan feliz momento
tornó el capullo en rosa con su aliento.

101

El amor, cuando raya en la locura,
más bien acaba en odio que en ternura.

102

¡Ay del día en que lancen á los vientos
el «sálvese el que pueda» los hambrientos!